

# Darío Fo

## o el rescate de una herencia

Premios  
Nobel



Literatura

Rosario Pérez Bernal\*

Todo empezó en la Edad Media con los goliardos, que eran clérigos, estudiantes y monjes exclaustrados dedicados a recorrer el mundo como juglares y rapsodas. Los goliardos invocaban a un supuesto obispo llamado Golias a quien atribuían trucos abominables, poemas cínicos y atrevidos, así como actos ingeniosos. El que los goliardos hayan vivido en un claustro indica que tuvieron la oportunidad de contactar con la cultura de su época, a la que ciertamente le encontraron muchos puntos flacos, que convirtieron en blanco de sus implacables sátiras.

Por esa misma época surgieron los juglares y los acróbatas de las plazas, así como los mercaderes y sus reclamos, pregones, charlas, incitaciones y tretas. Estamos frente al origen del teatro cómico europeo, que tiene sus raíces en los relatos fantásticos, en las canciones, en las pequeñas sátiras y en las crónicas fuera de lugar.

Es en Nápoles, en el siglo XVI, donde se rastrea una corriente teatral que llegó hasta nuestros días y cuyo manejo magistral, con una nueva propuesta, le diera el Premio Nobel de Literatura 1997 a Darío Fo: la comedia del arte, que surge en un momento en que el teatro erudito estaba anquilosándose, pues el movimiento en el escenario era casi nulo y se privilegiaba el aspecto auditivo. Así, con la comedia del arte los actores devolvieron al teatro la acción visual, introdujeron la mímica, el gesto, la representación.

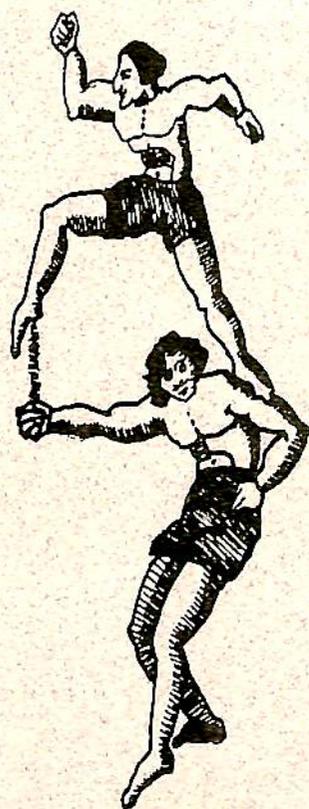
Las funciones, que originalmente se hacían en los mercados a la sombra de los comerciantes, se extendieron a otros lugares. Los actores formaron compañías que viajaban por toda Ita-

lia e interpretaban comedias con caracteres fijos o máscaras. El éxito y la aceptación de esta corriente teatral fue tal, que en el siglo XVII ya había invadido a toda Europa.

¿Cuál era el secreto del éxito de la comedia del arte? En primer término, el gran sentido del humor; en seguida, el talento de los actores, quienes eran excelentes improvisadores que lograban un alto grado de espontaneidad; y, por último, los personajes fijos: todos sabían que en una representación aparecerían Arlequín, el simpático de mente lenta y cuerpo ágil, nunca malicioso; Colombina, la chica perfecta, amada por Arlequín; Pantalón, el que siempre se oponía a los amores de Arlequín y Colombina y tenía un interés obsesivo por el dinero; y Zanni, el sirviente cómico, que con sus bufonadas abría un paréntesis en la acción y la coloreaba de humor.

La comedia del arte se dirigía al pueblo, así que tenía que burlarse de la cotidianidad de la gente, por ello siempre fue un pivote que temían clérigos y gobernantes, aunque muchas veces los mismo reyes solicitaban a las compañías que asistieran a la corte a hacer sus representaciones.

Herederero de toda esta tradición, Darío Fo, un talentoso actor, comediógrafo y escenógrafo italiano nacido el 24 de marzo de 1926 en San Giano, a orillas del Lago Maggiore, se ha dedicado a escribir y representar comedias donde hace críticas muy fuertes sobre la vida civil en Italia. Sus biógrafos lo señalan como un nuevo "juglar del pueblo", pues antes y después de



\* Radio y Televisión, Instituto Mexiquense de Cultura. Carlos A. Vélez No. 500, Col. Cuauhtémoc, C. P. 50130. Toluca, Estado de México. Teléfono y fax: (72) 19 00 41.





las representaciones realiza discusiones con el público sobre el tema de la obra.

En 1959 fundó, junto con su esposa, la primera compañía teatral. A partir de entonces participaron en la televisión e hicieron teatro cómico itinerante en fábricas, gimnasios y parques. Sus *sketches* se caracterizaron por un tono de agitación política, a la que Fo llamó "izquierdismo no oficial".

El teatro itinerante de Fo ha rescatado el concepto del "espectáculo abierto", en el que la palabra, el acrobatismo, la mímica y el gesto recuperan la intensa carga significativa que tenían en la comedia del arte, es decir, a través de ellos se logra expresar "todo para todos" desde el inicio y con un natural dominio.

Darío Fo ha escrito alrededor de 70 obras, entre las que se cuentan *El dedo en el ojo* (1953); *Cuerdos de atar* (1954); las *Farsas* (1959-1967), dirigidas a un público burgués al que se le devela su realidad torcida y anormal; *Misterio bufo* (1969), que busca recuperar la tradición escénica medieval que dio origen a la comedia del arte; las *Comedias* (1970), que se reúnen en siete tomos pero aún está inconclusa la colección; y *La muerte accidental de un anarquista* (1974), donde Fo hace una acérrima crítica a la corrupción de la policía, entre otras.

El primer sorprendido por la asignación del Premio Nobel de Literatura 1997 fue el mismo Darío Fo, a quien por cierto le falta hacer una comedia sobre el trasfondo político en la entrega de estos reconocimientos. Tal vez

el estilo de Fo no sea tan meritorio, porque él escribe para el pueblo y la comedia no puede ser más que llana.

La importancia de la labor de Fo radica precisamente en el trabajo que ha realizado para regresar a la literatura, y en especial al género dramático, a su origen: la gente. La filosofía de Fo, independientemente de sus ideas políticas, trasciende porque no hace del teatro una actividad de élite, su obra permite que las personas más sencillas se diviertan y razonen, no se alinea ni se adhiere a un *modus operandi*, sino que crea un concepto propio de hacer y decir, que no es nuevo, como vimos, sino que proviene de los goliardos y los juglares.

Para Aristóteles la comedia tiene un valor ético preventivo, es decir, que mediante el retrato de algún vicio los espectadores evalúen esa imperfección en sí mismos y la eviten o corrijan. En las últimas décadas, el teatro se ha visto desplazado por los medios masivos de comunicación que, desafortunadamente, no están diseñados para fomentar el ejercicio del pensamiento y la reflexión; si a ello se añade la tendencia a reservar las artes a unos cuantos, resulta oportuno que se reconozca en este momento la labor de alguien que durante toda su vida ha luchado porque las cosas sean de un modo diferente.

Muchos manifestaron inconformidad por la asignación del Premio Nobel a Darío Fo, entre ellos el Vaticano, porque ha sido blanco incesante de las sátiras de este autor. Ya lo diría Don Quijote a Sancho: "¿Ladran los perros?, señal de que avanzamos".

